

EL SUBALTERNO

P O R G . R . G L E I G

(Capellán-General de las fuerzas)

(Traducción del inglés por MARTÍN DE ANGUIOZAR)

CAPÍTULO IV

Para que el enlace de la narración no pueda quedar interrumpido, he detallado en el capítulo precedente los acontecimientos concernientes al asalto y captura de San Sebastián, en lugar de atraer la atención del lector hacia los movimientos del cuerpo particular en el cual me hallaba destacado. Estos, sin embargo, se relatan pronto. En la tarde del 26 llegó una orden por la cual nos dirigían a marchar al día siguiente para reunirnos con la división del ejército que ocupaba el paso de Irún. Fué pronto obedecida y, después de una agradable jornada de cuatro horas, instalamos nuestra residencia en un valle estéril rodeado por todos lados de escarpadas y ásperas montañas, donde encontramos tiendas ya alzadas para nuestro alojamiento.

Permanecimos allí en estado de quietud hasta la mañana del 30 cuando, a las tres, un ayuda de campo llegó al campamento con instrucciones para que inmediatamente retrocediéramos sobre nuestros pasos y nos uniéramos al ejército delante de San Sebastián. Sabíamos perfectamente que la ciudad iba a ser bombardeada al siguiente día y, como es natural, no vimos con disgusto el tener que obedecer una orden que nos guiaba a asistir a nuestros camaradas. Se formaron filas con buena voluntad y, a eso de las siete, alcanzamos nuestro destino.

La intención de Sir Thomas Graham era embarcar un destacamento de tropas en los botes de la flota, el cual asaltaría el castillo en el momento en que el cuerpo principal se moviera de las trincheras. El cuerpo a que yo pertenecía fué elegido con este propósito. Pero, al reconocer la superficie del acantilado, se notó seguidamente que para hacer una tentativa semejante se sacrificaría a destrucción segura al infortunado destacamento encargado de ella.

Esta parte del plan fué por consiguiente abandonada, tripulándose tan sólo unos pocos botes con el propósito de hacer un amago y desviar si era posible la atención del enemigo, y los demás, exceptuados los elegidos para acompañar al grupo del bombardeo, regresaron al frente al rayar el alba.

He manifestado ya que la mañana del 31 nació oscura y lóbrega, y que estalló una tormenta en el momento en que los sitiadores empezaron a llenar las trincheras. Continuó aumeatando a cada instante en violencia y sublimidad, así es que, cuando nuestras primeras filas de avance surgieron de sus cobertizos, alcanzó su apogeo una de las más terribles tormentas de truenos que yo haya jamás escuchado. No era ésta la única circunstancia que se añadía a los horrores de ese extraordinario día. El Mariscal Soult, consciente de la importancia de San Sebastián y lleno de esa confianza que un reciente nombramiento al mando generalmente confiere, hizo el 31 un esfuerzo desesperado para levantar el sitio. A la cabeza de una columna de quince mil de infantería, cruzó el Bidasoa cerca de Irún y atacó con gran valor las alturas de San Marcial. Estas estaban defendidas tan sólo por tropas españolas, que cedieron casi inmediatamente y fueron impelidas a las cimas de las colinas; pero allí, siendo sostenidas por una o dos brigadas de soldados británicos, fueron rehechas y mantuvieron su terreno con mucha resolución. De esta manera, aconteció que mientras una división del ejército se veía calurosamente empeñada en el asalto de San Sebastián, las divisiones en frente se encontraban en desesperada lucha con las tropas del Mariscal Soult; en tanto que los cielos tronaban de modo atroz y que la lluvia caía a torrentes. En una palabra, era un día que no olvidarán nunca quienes lo presenciaron; un día que, por lo menos yo, jamás olvidaré.

Es imposible describir con cierto grado de fidelidad el aspecto que presentaba San Sebastián cuando la aurora del 1.º de Septiembre hizo visibles los objetos. Las calles, que últimamente se hallaban cubiertas por los vivos así como por los muertos, habían quedado ocupadas ahora por los últimos; y eran éstos tan numerosos que confundía al observador indagar dónde habían encontrado sitio para echarse tantos hombres durmiendo. Las tropas, a pesar de ello, no volvieron con el regreso de la luz a su acostumbrado estado de disciplina. Habiendo recuperado su vigor con el sueño y restaurados sus sentidos, se dedicaron al negocio del pillaje con mayor diligencia que nunca. Pocas casas quedaron que no estuviesen en ruinas, pero hasta las ruinas eran exploradas con la más rapaz de las ansias, no tanto por alhajas y otros objetos valiosos como por vino y bebidas alcohólicas. Desgraciadamente, se descubrieron este día muchas bodegas que escaparon a la atención

con la prisa y confusión de la última noche, y la consecuencia fué que en el espacio de muy pocas horas prevaleció una vez más la embriaguez por todo el ejército.

No puedo decir más por observación personal acerca de San Sebastián y procedimientos para con ella, hallándose ahora mi puesto en el avance del ejército, pero también puedo agregar que el castillo aun se mantenía y que continuó así hasta el 8 de Septiembre. Estaba, a pesar de ello, como descubrimos luego, completamente desprovisto de amparo contra las bombas que se arrojaron incesantemente contra él; y de aquí que, después de sufrir todas las calamidades posibles durante una semana entera, el gobernador se vió, al fin, obligado a rendirse. Unos novecientos hombres, resto de una guarnición de cuatro mil, vinieron por esta medida a ser prisioneros de guerra, y aquellos prisioneros británicos que escaparon de los horrores del sitio, fueron recuperados; pero el lugar mismo carecía absolutamente de valor, hallándose en estado de completa ruina.

Todo el 1.º de Septiembre se empleó bajo las armas y en estado de profunda ansiedad por las tropas que ocupaban el paso de Irún, tanto que varios movimientos de la línea francesa aparecían indicando una renovación de hostilidades. Muchos carros de bueyes cargados de españoles heridos, pasaron en el intervalo a través de nuestro campamento, y los gritos y gemidos de estos pobres muchachos, entre el traqueteo de sus incómodos vehículos agitando las heridas que se abrían de nuevo, no tendían de ningún modo a elevar el ánimo ni a estimular el valor de los que los oían. No es que hubiera por nuestra parte ninguna oposición a acometer, pues creo que disgusto por pelear no fué nunca sentido por ingleses cuando el enemigo está a la vista; pero uno de los pocos efectos reales de la guerra, contemplados en momento de frialdad o inacción, es que rara vez se añade combustible al fuego valeroso que se supone arder siempre en el pecho de un soldado; y, la verdad, ésta era una lastimosa escena.

De todas las clases de hombres con los cuales tuve comunicación, los cirujanos españoles son, creo yo, los más ignorantes y los más perjudiciales. Entre las muchas amputaciones que durante la guerra tuvieron que efectuar, próximamente la mitad, o más de la mitad, demostraron ser fatales. Su modo de curar las heridas era además a la vez grosera e ineficaz, y de aquí que los infelices mutilados que nos pasaron esta mañana no sólo sufrían agudamente por el efecto natural de sus heridas, sino que fueron sometidos a más que una tortura ordinaria por causa de la vulgar y ruda manera en que sus contusiones habían sido atendidas.

Aunque no tengo intención de escribir una memoria regular de

las campañas de 1813 y 1814, es necesario, con el propósito de que mi diario resulte inteligible, dar en este punto de él alguna cuenta de las situaciones relativas de los ejércitos británico y francés.

Los dos reinos de Francia y España están divididos hacia las orillas de la bahía de Vizcaya por el río Bidasoa, corriente de poca consideración que naciendo en el interior de la península sigue el curso sinuoso de uno de esos muchos valles en que abundan los Pirineos y cae al mar cerca de la antigua ciudad de Fuenterrabía. El Bidasoa es perfectamente vadeable en casi todos los sitios a distancia de diez millas de su embocadura, mientras exactamente enfrente del mismo Fuenterrabía hay una parte en que se puede llevar a cabo un paso a baja marea, alcanzando el agua tan sólo hasta el pecho de quien lo cruza. A unas dos o tres millas de Irún, que dista algo menos de una legua de Fuenterrabía, hay un antiguo vado a través del cual se había edificado un puente (15), pero que en el tiempo de esta narración se hallaba en ruinas; por consecuencia, había dos vados separados que dirigían el paso de Irún, por los cuales o por cualquiera de ambos podía avanzar un ejército con seguridad.

A cada lado de esta pequeña corriente, los montes, excepto en los pasos de Irún, Roncesvalles, etc., se alzan tan abruptos que casi forman una barrera impracticable en un reino y otro. El paisaje del Bidasoa es por consiguiente romántico y chocante en extremo, pues no sólo es la superficie de las elevaciones escarpada y áspera sino que se halla cubierta aquí y allá, con la más exuberante vegetación, en tanto que frecuentes arroyos derramándose desde las cimas forman, sobre todo después de la lluvia, cascadas que son sumamente pintorescas, y a veces hasta sublimes. El mismo río es claro y rápido en su curso, contorneando como lo hacen generalmente los arroyos montañeses, donde los montes vienen a impedir su marcha; y soy un testigo viviente de que no faltan truchas, habiéndolas pescado más de una vez con mi amigo el capitán Grey.

En el tiempo de que ahora estoy hablando, los ejércitos de lord Wellington y Mariscal Soult ocupaban las orillas opuestas de esta pequeña corriente. Nuestros piquetes estaban estacionados en el nacimiento de los montes españoles; los de los franceses, en las laderas de sus propias montañas; mientras los centinelas de avanzada quedaban separados tan sólo por el río, que medía en muchos sitios no más de treinta yardas de una parte a otra. Pero los franceses, cualquiera que fueran sus faltas, eran un enemigo noble. El más perfecto acuerdo prevalecía por lo tanto entre ellos y nos-

(15) El puente de Behobia (N. del T.).

otros, por el cual no sólo continuaban los centinelas libres de peligro, sino que los mismos piquetes se hallaban libres de maliciosa sorpresa, no habiéndose intentado ataque alguno bajo ninguna circunstancia contra un puesto avanzado a menos que significara el ir seguido de un combate general.

En cuanto a mí, mi posición se hallaba, como he dejado ya establecido, en un valle desabrigado, distante a unas tres millas del río y rodeado por todos lados de áridos y salvajes precipicios. En tal sitio había poco que interesase o divirtiese, pues no podíamos ver nada del ejército francés y había una triste escasez de caza, en cuyas pesquisas procedía yo regularmente. No obstante, allí permanecimos hasta la mañana del 5 sin que ocurriera ningún acontecimiento digno de novedad, a no ser que pueda ser considerada como tal una afortunada compra de dos cabras lecheras que realicé a un aldeano español. Pero ese día cambió nuestra situación, y el precioso paisaje al cual nos conducía nuestra marcha, compensaba sobradamente las fatigas que nos ocasionó.

No es de ningún modo la menor circunstancia agradable en la vida de un soldado en servicio activo el que no sepa nunca cuando se levanta por la mañana dónde va a dormir por la noche. Una vez puesto en movimiento, como cualquier otra máquina, se mueve hasta que el poder que regula sus movimientos demanda una parada, y en cualquier parte donde esa parada pueda ocurrir, allí está por el momento su hogar. Un hombre así no tiene en su pensamiento ni sombra de inquietud, pues la peor cama que pueda encontrar es el césped y rara vez disfruta otra mejor que su capote o manta. Dadle una tienda—y el comandante de las tuerzas nos ha provisto Ultimamente de tiendas—y se halla con lujo, por lo menos mientras dura el verano o el tiempo continua templado; ni hemos sufrido todavía de ningún golpe de viento, contra lo cual no ofrecen nuestras tiendas suficiente protección.

Estaba justamente saliendo el sol en la mañana del 5 de Septiembre cuando nuestras tiendas fueron levantadas, se formó línea de marcha y nos pusimos en camino hacia la base de uno de los más altos montes que nos cercaba por todos lados. A lo largo de la superficie de esta montaña se hallaba trazado un estrecho sendero sinuoso para acomodo, según toda probabilidad, de cabreros o muleteros que idean transportar artículos de lujo y ropas a los más rústicos distritos en que se puede encontrar habitantes humanos. Era, a pesar de ello, tan escabroso y pendiente como para impedir eficazmente a los nuestros que observaran algo parecido a orden en sus filas, y esto fue causa de que un batallón de algo más de seiscientas bayonetas cubriera una extensión de terreno que media desde el frente hasta la retaguardia no menos de tres

cuartos de milla. Naturalmente, la fatiga de trepar fué muy grande, cargados como estábamos con armas, municiones y otras cosas necesarias, y Como el calor del día aumentaba, se hizo casi insoportable. Pero trabajamos con buen ánimo esperando que cada cañada o sitio plano al que llegábamos se convirtiera en lugar de nuestro reposo; y no poco encantados con las vistas románticas que cada revuelta del camino colocaba delante de nosotros.

Continuamos esta ardua jornada durante cinco horas, cuando, al alcanzar la cima de un verde monte aislado, detrás del espinazo ya descrito, los cruzaron cuatro oficiales montados, uno de los cuales cabalgaba un poco delante de los demás que, al contrario, iban juntos. El que marchaba al frente era un hombre delgado y bien hecho, aparentemente de estatura media y que acababa de pasar la flor de la vida. Su traje consistía en sencilla levita gris abotonada junto a la barba, enderezado sombrero cubierto de tela impermeable, pantalones grises, botas hebilladas de lado y un ligero sable montado en acero. Aunque no sabía yo quién era, había tal brillantez en su mirada que prevenía en él algo más que un ayuda de campo o un general de brigada; y no quedé mucho tiempo en la duda. Había en las filas muchos veteranos que habían servido en la península durante varias de las primeras campañas; éstos reconocieron en seguida a su viejo caudillo, y el grito de «¡Duro, duro!», título familiar dado por los soldados al Duque de Wellington, se levantó. Este fué seguido de repetidas aclamaciones, a que correspondió quitándose el sombrero y haciendo reverencias con él, y, después de ensalzar el aspecto del cuerpo y de hablar un momento con el oficial que lo mandaba, aconsejó que se hiciera alto en el lugar donde estábamos y siguió su camino.

Como no había yo nunca visto al gran Capitán del día antes, se comprenderá pronto que yo le mirara en esta ocasión con un grado de admiración y respeto que un soldado de diecisiete años, consagrado a su profesión, es natural que sienta por el hombre a quien mira como a su más brillante adorno. No había nada en su aspecto general, nada que indicara una vida en penalidades o fatigas, ni tampoco expresión de inquietud o ansiedad en su semblante. Por el contrario, su mejilla, aunque bronceada por su frecuente exposición al sol, conservaba la rubia tez de la salud, en tanto que una sonrisa de satisfacción se dibujaba por su boca y decía, más sencillamente que las palabras, lo perfectamente que se sentía. Es claro que yo sentí al contemplarle que no podía ser vencido un ejército bajo su mando, y tuve después frecuentes oportunidades de notar cuán lejos va un sentimiento así hacia impedir una derrota. Dejad que las tropas coloquen su absoluta confianza en

quien les dirige, y su presencia en el momento de mayor prueba vale por una brigada fresca.

De acuerdo con la recomendación de lord Wellington, el cuerpo hizo alto en el hermoso monte verde al cual había llegado, pero pasaron dos grandes horas hasta que el equipaje llegara. En el entretiem po la mayoría de los nuestros, incluyéndome a mí mismo, se echaron sobre la hierba y se durmieron en seguida, no despertándose hasta que la llegada de las tiendas nos intimó a la muy agradable ocupación de hervir nuestras calderas y de preparar el almuerzo. Este principió pronto y, habiendo satisfecho las exigencias del hambre, disipamos toda molestia a que estuviéramos sujetos.

CAPÍTULO V

Rara vez he contemplado un paisaje más romántico que el que rodeaba el punto en que estábamos detenidos. Habíamos estado ascendiendo gradualmente las montañas durante las últimas cuatro o cinco horas y al fin nos encontrábamos en la cumbre de un monte verde que, contrastado con las audaces alturas que le sitiaban, podía ser considerado como un valle, aunque a muchos miles de pies sobre el nivel del mar. Un lado de esta plataforma herbosa aparecía perfectamente perpendicular. En esta dirección estaba separada de escarpado espinazo por estrecho barranco, tan profundo y desigual que fueron infructuosas todas las tentativas para descubrir su base. Por otro lado se unía con el Quatracone; por el tercero, que era por el que habíamos avanzado, se inclinaba gradualmente hasta que la vista se perdía en bosques suspendidos, mientras detrás nuestro tan sólo un pequeño declive verde lo dividía de otros montes semejantes que permitían un paso relativamente llano a la ferrería de San Antonio.

Aquí fué donde, durante la serie de batallas que Soult arriesgó un mes antes, una división del ejército francés hizo varios esfuerzos atrevidos por romper la línea aliada, y donde, en verdad, la línea estuvo un tiempo rota verticalmente. La apariencia de todo en torno lo atestiguaba. No solamente el terreno de nuestro campamento, sino todo el trayecto estaba sembrado de armas de fuego rotas, picas, cápsulas y equipajes, mientras aquí y allá un terra-

plén de tierra parda, rompiendo la uniformidad del verde césped, señalaba el punto en que unos diez o doce bravos muchachos yacían dormidos. En el curso de mis merodeos vi además varios rincones retirados en que los restos de cuerpos muertos—restos que los lobos y los buitres habían dejado—yacían todavía insepultos; y éstos, por la dirección en que se hallaban vueltos el uno hacia el otro, me permitió deducir que la contienda había sido desesperada y que las tropas británicas fueron gradualmente empujadas al mismo borde del precipicio. Que varios de ellos fueron impelidos más allá del borde, es más que probable, porque, particularmente en un sitio, noté un pequeño grupo de soldados franceses e ingleses yaciendo pie con pie junto a él.

No preciso informar a los lectores de que águilas, buitres y gavilanes son fieles seguidores de un ejército. Abundaban particularmente aquí, no sé si porque se les proveía de más alimento que el corriente, o porque sus nidos estuvieran contruídos entre las rocas del Quatracone, pero giraban y revoloteaban sobre nuestras cabezas con tanta osadía que casi provocaban a una persecución. Tomé el fusil, por lo tanto, en la mañana después de nuestra llegada y me encaramé por la montaña, pero fracasaron todos mis esfuerzos para poder ponerme a tiro de esas criaturas precavidas. El cansancio de la excursión quedó sin embargo más que compensado por la magnífica perspectiva que se abrió a mi contemplación que, aunque pueda quizás ser igualada, creo firmemente que no puede ser sobrepasada en ninguna parte del mundo.

Desde la cumbre del Quatracone mira el viajero, no sólo el variado paisaje que presentan todos los distritos montañoses, sino los fértiles llanos de Gasconia, las aguas de la bahía de Vizcaya y los nivelados (?) campos de Asturias. Las villas de Bayona, San Juan de Luz, Fuenterrabía, Irún, San Sebastián, Vitoria y muchas otras yacen debajo disminuidas, en verdad, como manchas, pero aún distinguibles, mientras hacia el sur bosques de pinos y arboledas de alcornoques, ásperos precipicios y oscuros valles presentan contraste chocante con esas residencias del hombre. El día en que escalé las montañas resultó ser particularmente favorable; no había una nube en el cielo, ni la menor niebla en la atmósfera; y de aquí que, aunque fracase en obtener el objeto por el que dejé el campamento, regresara por la tarde más contento que nunca con el resultado de mi excursión.

Permanecimos en esta deliciosa posición tan sólo dos días y, en la mañana del 6 de Septiembre, arriamos nuevamente nuestras tiendas. Había pasado el mediodía, no obstante, antes de que empezáramos a andar, cuando, tomando la dirección de la ferrería, ascendimos la cadena de montes verdes ante nosotros hasta alcan-

zar una eminencia directamente sobre el Bidasoa y, por consecuencia, a la vista del campamento enemigo. Nuestra marcha no fué de ningún modo agradable. Apenas habíamos dejado nuestro terreno cuando la lluvia empezó a caer a cántaros y, como el equipaje viajaba más despacio que nosotros, nos vimos obligados a esperar una hora entera en la ladera de un monte negro antes de que pudiera procurarse algún abrigo contra la tormenta. Pero estas cosas en la vida del soldado son demasiado comunes para ser muy estimadas. Por fin llegó el equipaje. Se plantó pronto nuestra tienda, nuestros cigarros se encendieron, se calentó el vino, nuestros capotes y mantas se extendieron sobre el suelo, y nosotros mismos nos quedamos tan cómodos y animosos como pueda deseárselo cualquier hombre.

Es costumbre invariable cuando los ejércitos están acompañados que los cuerpos que componen la línea avanzada pasen revista en armas todas las mañanas una hora antes de salir el día. En la presente ocasión formábamos nosotros el avance, siendo unos pocos piquetes de españoles las únicas tropas entre nosotros y el enemigo; y por consiguiente fuimos despertados en nuestras cómodas posturas ordenándonos que estuviéramos bajo las armas mucho antes de que apareciera el alba. Se formó entonces una columna compacta en la que permanecieron nuestros hombres mientras duró la obscuridad, pero cuando el oriente empezó a teñirse, se les permitió apilar sus armas en pabellones y moverse de un lado a otro. Y, en verdad, el gran frío que en estas regiones acompaña a la proximidad de la luz diurna, convertía tal indulgencia en muy agradable. No podíamos, sin embargo, aventurarnos lejos de nuestras armas, porque si se hubiera llevado a cabo cualquier ataque, ésta era precisamente la hora en que teníamos que pensar en él; pero, al fin, ideamos conservar nuestra sangre en circulación corriendo alrededor de ellas.

La proximidad del día en los Pirineos, en el mes de Septiembre, es un espectáculo que no cae en suerte presenciar a todos los hombres y que puede imaginarlo difícilmente quien no lo haya contemplado. Durante algún tiempo después de las roturas grises crepusculares, se contempla alrededor tan sólo un vasto mar de niebla que gradualmente se alza y descubre por intervalos el pico de algún áspero monte, dándole apariencia de verdadera isla en un verdadero océano. Pronto las montañas se hacen por todas partes distinguibles asomándose, como diría un marino, anchas a través la niebla, pero los valles continúan mucho tiempo cubiertos, cediendo la bruma que sobre ellos cuelga tan sólo a los rayos del sol del mediodía. A lo largo de un valle debajo de la presente posición, una columna considerable de infantería francesa se abrió

camino durante una de las Últimas acciones, y fué tan perfecta la ocultación que proveyó la niebla que, aunque el sol había salido algún tiempo, penetraron completamente sin ser observados hasta el borde del monte. En la ocasión presente no se hizo semejante tentativa, pero nos tuvieron en nuestro puesto hasta que la bruma se dispersó tanto como para que los objetos fueran claramente visibles a media distancia de la garganta, y en cuanto ocurrió esto la columna fué disuelta y cada cual se dedicó a su empleo favorito.

En cuanto a mí, mi constante ocupación, siempre que las circunstancias lo permitían, era vagar en torno con un fusil a la espalda y un perro o dos cazando delante de mí, no solamente tras la caza, sino con el propósito de examinar el país lo más ventajosamente posible y haciendo cuando era posible observaciones personales sobre las diferentes posiciones de los ejércitos hostiles. Con esta idea tomé rara vez una dirección hacia la retaguardia, marchando generalmente hacia las avanzadas e inclinando mi caminata a derecha o izquierda, según que a un lado u otro se me ofreciera la mayor oportunidad de obtener una exacta perspectiva de ambos campamentos. En esta ocasión volví mis pasos hacia las alturas de San Marcial. Este era el punto que Soult asaltó con el mayor vigor en su vana tentativa de levantar el sitio de San Sebastián en el mismo momento en que se procedía al asalto de esa ciudad. Estaba defendido ese día por españoles, y sólo españoles, a quienes el parte de lord Wellington presentaba habiendo rechazado al enemigo con gran bizarría, pero por mi parte no puedo menos de admirar la bravura de las tropas que, aunque superiores en número, se aventuraron a atacar semejante posición. Las alturas de San Marcial se alzan tan abruptas sobre el lecho del Bidasoa, que balanceándome de rama en rama fué como únicamente conseguí en muchos sitios descender a ellas; no obstante, una columna de mil quinientos franceses se abrió camino casi hasta la cumbre, y probablemente hubieran conseguido hasta tomarla si no es por la llegada oportuna de una brigada inglesa de guardias. Esta, en verdad, no se comprometió, pero actuaron como reserva, y la vista de ella inspiró a la división española el ánimo suficiente para mantener su terreno y hacer fracasar el progreso ulterior de los asaltantes.

Desde estas alturas obtuve una vista bastante clara del campamento francés en distancia considerable tanto a la derecha como a la izquierda. La hilera de montes que ocupaba era en algunos puntos menos elevada, en otros hasta más escarpada y más alta que en la que yo ahora permanecía. Entre mí y ella ondeaba el Bidasoa a través un valle en verdad angosto, quizás no más que un tiro de fusil, pero rico y bello en extremo; no tan sólo

por lo que se refiere a los tupidos bosques que en gran parte se desparraman por él, sino por los exhuberantes campos de labranza, praderas y caserías que yacen esparcidas a lo largo de ambas orillas del río. Los puestos avanzados del ejército francés ocupaban su lado de este collado, hallándose sus centinelas apostados al borde del río, y los nuestros, esto es, los piquetes españoles, se hallaban estacionados poco más o menos a medio camino del monte y no enviaban sus centinelas más allá de su base. Buscaba en vano con mi vista las tiendas blancas del ejército inglés. Estas se hallaban plantadas generalmente en huecos de bosques, de modo a ser ocultadas enteramente del examen del enemigo y a amparar a sus huéspedes lo más posible de las tormentas; pero las bien construidas de los soldados franceses se distinguían en muchos sitios. Es cierto que un francés tiene más experiencia en el arte de alojarse que un soldado de cualquier otra nación. Los domicilios que ahora contemplaba no eran como los que nosotros ocupábamos últimamente, formados con ramas de árboles tan sólo, cubiertos con varas y hojas secas y desprovistos de chimeneas por las cuales pudiera escapar el humo; al contrario, eran chozas buenas, sólidas, con paredes de arcilla y techos de paja, erigidas por los constructores en calles rectas; el campamento de cada brigada y batallón tenía más apariencia de un poblado establecido que de residencia temporal de tropas en servicio activo. Con ayuda de mi telescopio pude percibir soldados franceses, unos charlando, otros jugando, junto a sus cabañas, sin que pudiera menos de admirar el perfecto buen ánimo que parecía prevalecer en hombres que habían sido derrotados hacia tan poco tiempo.

En este límite la derecha del ejército francés ocupaba el terreno elevado encima de Hendaya y se apoyaba en el mar, mientras nuestra izquierda, ocupando las villas de Irún y Fuenterrabía, se apoyaba también en el mar. La izquierda francesa estaba estacionada sobre una montaña llamada Larún y sostenida por un puesto fuertemente fortificado sobre el monte, o mejor, en la roca de la Ermita. Nuestra derecha estaba apostada en el paso de Roncesvalles y a lo largo de las montañas más allá de él, pero no podría ser descrita desde el punto que ocupábamos ahora. Así, tan sólo el valle del Bidasoa nos separaba a unos de otros, aunque pueda parecer una barrera suficiente cuando se considera lo muy escarpado de sus orillas.

Habiendo permanecido aquí lo bastante para satisfacer mi curiosidad, regresé hacia casa, tomando la dirección del profundo valle que yace debajo de nuestro campamento. No alcancé su base sin bastante dificultad y, cuando me hallé allí, me quedé particularmente asombrado de la absoluta soledad, del inusitado silencio

de todo en rededor mio. Busqué caza en vano. No parecía que criatura viviente tuviera derecho al valle; no había pájaro de ninguna especie o descripción en las ramas; tan sólo prevalecía un silencio como de muerte, sin que penetraran las brisas, sin que se movieran las hojas. Me senté al borde de un arroyo, hallándome algo aburrido y sediento, a pesar de que sentía una fuerte aversión a beber, pues el agua parecía tan turbia que no podía sentir inclinación hacia ella. Me levanté de nuevo y continué mi camino esperando alcanzar algún contorno donde pudiera presentar aspecto más tentador. Al fin la sed me venció y, aunque no había mejora en el color del agua, me incliné y apliqué mis labios a su superficie, cuando, lanzando mi vista un poco hacia la derecha, percibí el brazo de un hombre hincado en el mismo centro del arroyuelo. Estaba negro y putrefacto, y las uñas se habían desprendido de algunos de los dedos. Como es natura: puse en marcha a mis pies sin probar el corrupto elemento y sin poder resistir un momentáneo disgusto ante la idea de haber escapado tan cerca de beber esa tintura de esqueletos humanos.

De este modo continué merodeando durante cuatro o cinco días, vagando entre algunas de las más salvajes escenas que la naturaleza es capaz de producir, y ello con tanta frecuencia como lo permitía el tiempo; y divirtiéndome lo mejor que podía, a cubierto de discusiones, cuando caían lluvias y soplaban vientos. Entre otros descubrimientos efectuados en el curso de estas andanzas, había dos notables cuevas con apariencia de minas abandonadas mejor que de concavidades naturales, pero no tuve oportunidad de explorarlas, pues en la mañana que intenté consagrar a tal propósito, abandonamos nuestro campamento moviéndonos hacia nueva posición. Esta era un pequeño monte al pie de las montañas que habíamos ocupado últimamente, distante unas dos millas de Irún y a una milla de la gran carretera, que demostró ser uno de los puestos más agradables que se nos habían asignado desde nuestro desembarco. Allí permanecemos estacionados hasta el avance del ejército hacia Francia y, como los asuntos de un día se parecían mucho a los del otro, no molestaré a mi lector relatando detalles, pero fijaré en pocas palabras tan sólo algunas de las más notables aventuras que dieron carácter al tiempo empleado.

En primer lugar, el asunto principal del ejército consistía en fortificar su posición alzando reductos aquí y allí, en todas partes donde se hallara finalidad para un reducto. En segundo lugar, hacíamos, yo y otros, frecuentes visitas a Irún y Fuenterrabía, villas de las cuales poco podía decirse en cualquier tiempo como alabanza, y de fijo nada entonces. Las dos estaban enteramente desiertas, por lo menos por los más respetables de sus habitantes,

y la última se hallaba en ruinas, llena de soldados españoles, muleteros, seguidores del campamento, cantineros y aventureros. Quedáronse los explotadores de casas de juego, es cierto, y recogieron no pequeña cosecha de sus huéspedes, pero, a excepción de esto y de otros temperamentos no más puros que ellos, pocos de los ocupantes originarios de casas las ocupaban. Otra vez teníamos delante de nosotros una soberbia corriente de truchas en el Bidasoa, de la cual mi amigo y yo hicimos buen uso. Y aquí no puedo menos de hacer notar una vez más la excelente inteligencia que prevaleció entre los ejércitos hostiles y la genuina magnanimidad del uno hacia el otro. Muchas veces vadeé la mitad del pequeño río, en cuya orilla opuesta estaban apostadas las guardias enemigas, acudiendo los soldados franceses en grupos a presenciar mi acontecimiento y a señalar determinados charcos o remolinos en que se podía realizar el mejor deporte. En tales ocasiones, la única precaución que guardaba era la de vestirme una chaqueta escarlata, y entonces podía aproximarme hasta pocas yardas de sus centinelas sin peligro de ser molestado.

Me cayó en suerte una mañana en que el cuerpo permanecía aquí, llevar el mando de una incursión forrajera. Se nos mandó dirigirnos a lo largo de la orilla del río y traer tanto forraje verde, o mejor dicho maduro—pues, aunque no segado, estaba completamente maduro—, como nuestros caballos pudieran. En esta ocasión me hallaba encargado de veinte hombres desarmados y unos cincuenta caballos y mulas, y debo confesar que no carecía de aprensión de que una tropa de caballería francesa avanzara a través la corriente y nos cortara el paso. Como es natural, tomé todas las disposiciones para una rápida retirada, deseando que los hombres abandonaran sus animales si ocurría tal cosa, y que hicieran lo posible por llegar hasta los centinelas, pero felizmente se nos permitió cortar el maíz a nuestro albedrío y regresar con él sin ser molestados. Pero termino estos detalles en cuanto relate las particularidades de una excursión que una parte de nosotros realizó a San Sebastián con la idea de entretener lo mejor que pudiéramos este período de inacción.

Dejé ya establecido que la ciudadela, después de soportar todos los horrores de un bombardeo que duró una semana entera, se rindió finalmente el 8 de Septiembre. Ahora era el 15 cuando, con otros dos o tres, montamos nuestros caballos a poco de caer el sol, sintiéndonos deseosos de examinar la condición de una plaza que se había sostenido durante tanto tiempo y con tanto vigor. El camino por el cual viajábamos era al mismo tiempo nivelado y en buen estado, corriendo a través del paso de Irún, sinuosa garganta angosta dominada en ambos lados por ásperos precipicios que, en

varios sitios, se hallan difícilmente a más de cincuenta yardas de distancia. Lo seguimos durante unas doce millas cuando, cortando a la izquierda, continuamos nuestro camino por una especie de atajo, sobre monte y valle, hasta que nos encontramos entre las huertas que coronan las alturas inmediatas sobre la ciudad. Habíamos dirigido nuestra marcha por aquel lugar porque un amigo médico, a quien se había dejado encargado de los heridos que no podían ser conducidos, estableció sus cuarteles ahí en una gran casería o granja que convirtió en hospital temporal, y a él nos llegamos en demanda de camas y mantenimiento. No quedamos contrariados, porque encontramos ambas cosas, que demostraron ser superiores en calidad a cuanto nos había caído en suerte desde que desembarcamos.

El lector creará fácilmente que un hombre que ha empleado varios de los mejores años de su vida en medio de escenas de violencia y sangre, deba haber presenciado muchos espectáculos altamente repugnantes para los más delicados sentimientos de nuestra naturaleza; pero cuadro más espantoso por el que la guerra haya pasado—la guerra en sus más oscuros colores—que el que presentaba San Sebastián y la campiña inmediatamente vecina, nunca lo contemplé ciertamente. Mientras un ejército está estacionario en algún distrito, se halla uno completamente inconsciente de la obra devastadora que puede ir realizándose, pues ve tan sólo la confusión y el fasto de las operaciones hostiles; pero cuando la corriente ha rodado por allí y se regresa al sitio por el que ha barrido últimamente, el efecto sobre la imaginación es tal que no puede ser ideado por el que no lo experimentó. Poco más de una semana se había deslizado desde que la división empleada en el asedio de San Sebastián hizo su avance. Sus trincheras no se hallaban aún repletas, ni sus baterías demolidas, y ya aquéllas habíanse confundido en algunos sitios, y éstas empezaban a desmoronarse. Pasamos junto a ellas, no obstante, sin hacerlas mucho caso. Era en verdad imposible no reconocer que el absoluto silencio era más imponente que el bullicio y la agitación que últimamente las dominó, en tanto que la ruinosa condición del convento y de las pocas casitas de campo que se alzaban cerca de él, despojadas de techos, puertas y ventanas, y perforadas por los disparos de cañón, nos declaraban ahora que se hallaban desiertas, despertando en nosotros sensaciones algo tenebrosas. Pero éstas eran bagatelas, meramente nada, comparadas con los sentimientos que excitaba la vista de la misma ciudad.

Al seguir la ruta principal y aproximarnos a San Sebastián por su entrada ordinaria, fuimos sorprendidos de pronto ante el ligero daño hecho a sus fortificaciones por el fuego de nuestras baterías.

Los muros y almenas junto a la puerta de entrada aparecían completamente intactos, estando las troneras desfiguradas. Pero el error fué decayendo gradualmente al acercarnos más, y se desvaneció totalmente antes de que alcanzáramos el glacis. Encontramos el puente levadizo caído a través el foso, de tal modo que el esfuerzo por pasar no se hacía sin peligro. Las puertas de dos hojas estaban arrancadas de sus goznes, una yaciendo aplanada sobre el suelo, la otra inclinada sobre el muro, mientras nuestros pasos, al seguir a lo largo del pasaje arqueado, resonaban fuerte y melancólicamente.

Habiéndolo cruzado, nos vimos en el principio de lo que había sido calle principal de la plaza. No hay duda que fué en su día nítida y regular, pero nada quedaba ahora de las casas excepto los armazones exteriores que, sin embargo, aparecían siendo de altura uniforme y de un estilo de arquitectura. Por lo que pude juzgar, se alzaban a cinco pisos del suelo y estaban fachadas con una especie de piedra tan concienzudamente oscurecida y manchada que era difícilmente perceptible. La misma calle estaba además atacada con montones de ruinas, entre las cuales se veían esparcidos fragmentos de mobiliarios y lencería, mezclados con cápsulas, equipos militares, balas esféricas, trozos de bombas y todos los demás instrumentos de contienda. Ni hacían falta otras evidencias del drama que acababa de desarrollarse aquí que la forma de los cuerpos muertos que corrompían e infectaban el aire con la más horrible fetidez. Por otro lado, no se veía criatura viviente, ni un perro, ni un gato. En verdad, cruzamos toda la ciudad sin encontrar más de seis seres humanos. Estos, por su traje y apariencia abyecta, me parecieron algunos de los habitantes que habían sobrevivido al asalto. Tenían aire salvaje y huraño y se movían de un lado a otro como si estuvieran buscando entre las ruinas los cuerpos de sus parientes muertos o como si esperaran hallar algún pequeño remanente de su propiedad. Noté que dos o tres de ellos llevaban sacos en sus brazos, en los cuales introducían cualquier artículo insignificante de cobre o hierro que se les presentaba al paso.

De las calles—cada una de las cuales se parecía en todo a la en que penetramos al principio—nos dirigimos hacia la Brecha, donde un espectáculo terrible nos esperaba. La encontramos cubierta, literalmente cubierta, de fragmentos de esqueletos, para cuyo enterramiento era evidente que no se había hecho tentativa eficaz. Después supe que el cuerpo español que se había dejado para cumplir este deber, en vez de enterrarlos, procuró quemar los cuerpos, y de aquí los medio consumidos miembros y troncos que se veían desparramados alrededor, surgiendo la emanación que oprimía

por todos conceptos. Nos vimos verdaderamente contentos al dejar esta parte de la ciudad, y apresuramos nuestros pasos por el camino más corto hacia el Castillo.

Nuestra visita nos convenció pronto de que estábamos engañados acerca de la idea que formábamos de su gran fortaleza. Estaban los muros tan débilmente contruídos que en algunos sitios en que ningún disparo podía haber chocado con ellos, se hallaban abiertos por el retroceso de los cañones que les coronaban. Unas veinte piezas pesadas de ordenanza con un par de morteros componían el total de la artillería de la plaza, y no había edificio a prueba de bomba, excepto la casa del gobernador. Un gran horno, que parecía haber sido excavado en la roca, escapó al daño, pero los cuarteles estaban perforados por todas partes y en ruinas. Que la guarnición debió sufrir atrozmente durante la semana de bombardeo, lo probaba todo en el lugar y en sus contornos. Se cavaron muchos agujeros en la tierra, cubriéndoseles con anchas piedras, dentro de los cuales se habían los, soldados amparado sin duda, pero no podían protegerles, por lo menos en número suficiente.

En otros lugares visitamos lo que había sido hospital. Era una larga habitación conteniendo unos veinte armazones de camas para enfermos, todos ellos completos y cubiertos de jergones de paja, la mayoría teñidos de sangre, pero uno sólo tenía un ocupante. Nos aproximamos y, alzando tosca sábana que le cubría, vimos el cuerpo de un joven, evidentemente de no más que diecisiete años de edad. Tenía la señal de una bala de mosquete a través de su pecho, pero estaba tan fresco y había sufrido tan poco de los efectos del decaimiento, que temimos hubiera sido dejado para perecer por negligencia. Confío en que nos equivocamos. Le cubrimos de nuevo y abandonamos el lugar.

Habíamos ya satisfecho nuestra curiosidad por completo y volvimos nuestras espaldas a San Sebastián, no sin una percepción fría de los horribles aspectos de nuestra profesión, pero se desvaneció al aproximarnos a los cuarteles de nuestro mesonero y pronto abrió paso a la más alegre influencia de una comida sustanciosa y algunas copas de medianamente buen vino. Dormimos profundamente después de nuestra jornada y, saliendo a la mañana siguiente temprano, regresamos a nuestro hermoso campamento encima de Irún.

CAPITULO VI

Así pasaron cerca de cuatro semanas, variando el tiempo, pues en esta época es propenso a serlo en todas partes, de húmedo a seco y de tempestuoso a tranquilo. Las tropas trabajaban asiduamente en los reductos hasta que no menos de treinta y siete fueron terminados, dominando y flanqueando todos los puntos más asequibles entre Fuenterrabía y la ferrería. Por mi parte, continué mi ordinaria rutina, cazando y pescando todo el día siempre que disponía de tiempo, o vagando en medio del gran paisaje, que el poder del lenguaje no puede describir. En una de esas excursiones tropecé con otra cueva semejante en todos aspectos a las que me había visto imposibilitado de explorar. Determinado a no verme desilusionado esta vez, regresé inmediatamente al campamento, donde me proveí de una linterna oscura y de una espada desnuda para dirigirme de prisa al sitio. Al acercarme, se apoderó de mí la idea de que podía muy posiblemente ser albergue para lobos y casi se apagó mi curiosidad; pero la curiosidad dominó a la cautela, y entré. Mi aventura era completamente sin peligro, como la de la mayoría de los aventureros de esta clase. La cueva demostró ser, como lo supuse, una mina abandonada, extendiéndose a varios cientos de pies bajo tierra y terminando en un montón de escombros, como si el techo hubiera cedido impidiendo todo avance. Encontré allí solamente un viejo puchero de hierro de tres pies, que llevé conmigo como trofeo de mi osadía.

Era el 5 de Octubre y, a pesar de reiterados rumores de un movimiento, el ejército permanecía aún quieto. El mariscal Soult, no obstante, parecía esperar nuestro avance, porque hizo que un número de prospectos se desparramaran en nuestro campamento por gente de mercado, la mayoría de la cual estaba a sueldo suyo, avisándonos de que la Gascuña se había levantado en masa y que si osáramos violar el suelo sagrado, todo hombre que se aventurara fuera del campamento sería asesinado. Estos prospectos se hallaban impresos en francés y español y se introducían en cantidades crecientes próximamente al tiempo que nos llegaba la noti-

cia de la desastrosa campaña de Bonaparte en Rusia. Es claro que no hicimos ningún caso de ellos, ni produjeron el más remoto efecto en determinar los planes de nuestro caudillo, que probablemente sabría tan bien como el general francés el estado real de los asuntos.

No olvidaré fácilmente el 5, 6 o el 7 de Octubre. El primero de esos días lo empleé entre bosques y regresé a mi tienda al atardecer con un morral de caza bien provisto, pero no pude dormir, aunque estaba rendido de mi ejercicio. Después de agitarme en mi manta hasta cerca de media noche, me levanté y, poniéndome el traje, sali. La luna brillaba sin nubes y majestuosamente, alumbrando una escena tal como nunca había contemplado, y que probablemente no contemplaré más. Había admirado la situación de nuestro campamento durante el día, que pude bien hacerlo, pero cuando lo vislumbre a la luz de la luna—las tiendas húmedas de rocío y reluciendo a los rayos de plata que caían sobre ellas, con un robledal de árboles pequeños que en parte las sombreaban y los espléndidos barrancos distinguibles en último plano—pensé, y aun pienso, que la vista humana jamás contempló escena más exquisitamente hermosa. Había la suficiente brisa para producir una ligera ondulación de las ramas que, unida al incesante susurro de una pequeña cascada a no gran distancia y la voz casual de un centinela, que daba el «¿quién vive?» cuando alguien se aproximaba a su puesto, producía un efecto demasiado poderoso para que yo lo refleje, aun ahora para mí mismo, después del transcurso del tiempo. Anduve unas dos horas en un estado de alta excitación y deleite, que podría moderarse pero no desvanecerse ante la idea de que miles que dormían en seguridad bajo esos rayos de luna, podrían dormir mucho más profundamente bajo otros.

Volví a mi cama de helechos a eso de las dos de la mañana y me dormí, o mejor dicho dormité hasta el alba, cuando, después de haber esperado el tiempo de costumbre bajo las armas con los soldados, salí de nuevo con el fusil y mi perro hacia las montañas. Pero estaba preocupado por la velada de la última noche, y un amigo, en cierto modo de mi manera de pensar, me alcanzó y nos sentamos a calentarnos al sol sobre una elevada peña que dominaba al campamento. Permanecimos allí hasta que las compactas nubes anunciaron próxima tormenta, y al apresurarnos a regresar se nos comunicó la tan esperada noticia de que íbamos a atacar al día siguiente.

No soy un comilón de fuego, ni jamás soñé en serlo, pero contieso que la novedad produjo en mí sensaciones agradables. Habíamos quedado estacionarios durante tanto tiempo en nuestra presente posición, que los objetos alrededor se nos habían hecho

familiares, y la variedad es el todo en la vida de un soldado. Además, había la idea de invadir Francia, idea que pocos años antes hubiera sido reconocida como visionaria; esto añadía mucho a la agradable excitación creada por la esperanza de un avance. No es que no pensara en lo que pudiera ser de mi suerte; por el contrario, no había aun entrado nunca en acción sin pensar de antemano en lo peor. Pero llega uno a familiarizarse tanto con la muerte después de haber vivido algunos meses entre escenas como las que presencié últimamente, que la idea de la muerte pierde la mayor parte de sus terrores y se la considera únicamente como un blanco en la lotería en que se puede haber adquirido un billete. Puede acontecer, y en tal caso no se puede evitar, pero puede uno escaparse de ella, y entonces se presentan nuevas escenas al observador y nuevas aventuras que arriesgar.

Como el ataque iba a realizarse temprano, se ordenó a las tropas que se acostaran tan pronto como obscureciera, a fin de que pudieran hallarse frescas y en buena disposición para la labor del día siguiente; entre tanto, las nubes continuaron aglomerándose sobre toda la superficie del firmamento, y el intenso bochorno de la atmósfera indicaba la proximidad de una tormenta. Descendió el sol, amenazador y siniestro, pero la tempestad no estalló sobre nosotros hasta que quedó establecido el primer relevo nocturno, esto es, a eso de las ocho o nueve de la noche. Entonces llegó de veras y con el grado de sublimidad que acompaña a tormenta semejante en medio de tal escenario. Los relámpagos eran más vivos que cuantos he presenciado, y el estrépito de los truenos, repetido por las peñas y montañas cercanas, resonaba más como continuado desquiciamiento de los elementos que como descargas intermitentes de una nube eléctrica. Felizmente, apenas cayó agua, por lo menos durante algún tiempo, lo que me permitió sentarme a la puerta de mi tienda y observar la tempestad, sin que me haya sentido frecuentemente más encantado que ante su proceso.

Inmediatamente frente a donde me hallaba sentado, había un valle bellamente bosqueado, al fondo del cual fluía un riachuelo que provenía de la cascada ya aludida. Se extendía para mí completamente descubierto a cada relámpago, así como todo el lado de la montaña debajo, cerca de cuya cumbre, en una cabaña solitaria, se hallaba apostado un cuerpo de soldados españoles. Era sumamente curioso captar la vista de esa choza con figuras guerreras moviéndose a lo largo de ella y las armas apiladas al lado, las agrestes alturas de alrededor con el arroyo rodando por su lecho peñascoso y las espesas arboledas y las tiendas blancas, y desaparecer todo en un momento de la vista. Me senté y festejé mi vista hasta que la lluvia empezó a descender, cuando la tormenta

decaendo gradualmente me extendí en el suelo sin desnudarme y, envuelto en el capote, me dormí.

Era, por lo que recuerdo, hacia las cuatro de la mañana siguiente cuando fuí despertado en mi descanso por el melódico sargento de la compañía. En el entretiem po había pasado completamente la tormenta y las estrellas brillaban en un firmamento limpio de nubes. La luna había, no obstante, desaparecido, y la roja llamarada de los fuegos que languidecían y que por falta de combustible agonizaban rápidamente, era la única luz que nos ayudaba a encontrar nuestros puestos. El efecto de esta luz melancólica cayendo sobre los soldados que se reunían en solemne silencio, era con todo sumamente bello. No podían ser distinguidos ni el uniforme ni las caras de los hombres, viéndose tan sólo grupos que se reunían con armas en sus manos, y se necesitaba poca imaginación en medio de esta selvática escena para tomarlos por bandidos en vez de tropas regulares. Me puse en pie al primer llamamiento y, habiéndome ceñido el sable y guardado carne fría, galleta y ron en una mochila, colocándolo con mi capote a través la grupa de mi caballo, engullí una o dos tazas de café y me hallé dispuesto y deseoso para emprender cualquier clase de servicio.

En poco más de un cuarto de hora el cuerpo estaba bajo las armas y cada hombre en su puesto. Habíansenos unido ya otros dos batallones, formando una brigada de unos mil quinientos hombres, y se dió la voz de marcha una hora antes del día, justamente cuando las primeras tiras de la aurora iban apareciendo al Este. En esta ocasión no se tocaron nuestras tiendas, dejándolas en pie con el equipaje y mulas bajo la protección de una guardia con la intención de engañar al enemigo, que se expondría ante tal vista a creer que nada se proseguía. Y la medida era muy cuerda, porque el estado de la marea no prometía permitir que vadeáramos el río hasta las siete y media, hora en que haría mucho tiempo que habría ya brotado la plena luz del día. El objeto de nuestro temprano movimiento era, por lo tanto, ganar sin ser notados una especie de depresión junto a las orillas del Bidasoa, por la cual podríamos surgir en cuanto la corriente pudiera cruzarse.

Avanzando en profundo silencio, alcanzamos nuestro lugar de emboscada sin crear la menor alarma. Allí nos tendimos sobre el suelo con el doble propósito de efectuar un despliegue con mayor eficacia y de reposar lo más posible. Mientras tanto oíamos con ansiosa curiosidad pisadas a distancia, que señalaban la llegada de otras divisiones, y el ruido sordo de la artillería rodando sobre la carretera. Este último aumentaba a cada momento, hasta que, al fin, tres cañones pesados de dieciocho alcanzaron la hondonada y empezaron a subir el piso inclinado del terreno exactamente en

frente nuestro. Fueron colocados en batería, como para dominar el vado a través del cual se tendía un puente de piedra, ahora en ruinas, y por lo cual conocimos desde la posición que ocupábamos que nos hallábamos destinados a actuar. No sé por qué atolondramiento, ocurrió que todos estos preparativos no excitaron sospechas al enemigo, cuyos centinelas se hallaban apenas a distancia de medio tiro de mosquete, pero el suceso demostró que no esperaba esta mañana nada parecido a un ataque.

Antes de que proceda a describir las circunstancias de la batalla, debo intentar transmitir al pensamiento de mis lectores no militares algo como una clara noción de la naturaleza de la posición ocupada por la derecha del ejército francés. He dicho ya que su flanco extremo se apoyaba en el mar. Sus brigadas más centrales ocupaban una cadena de alturas, que si es cierto que no merecían el nombre de montañas, eran lo bastante pendientes para detener el progreso de una fuerza, y llenas de desigualdades naturales bien adaptadas para cubrir a los defensores del fuego de los asaltantes. A lo largo de las faldas de esas alturas está construída la aldea de Hendaya, e inmediatamente en frente de ellas corre la barra o boca del Bidasoa, vadeable tan sólo en dos puntos: uno en frente de Fuenterrabía y el otro en dirección de la ruta principal. Junto a la orilla francesa del río hay una arboleda o banda de sauces con varios viñedos y otros cercados admirablemente dispuestos para guerrillas, en tanto que el vado junto al puente en ruinas (15 bis), único por el cual podía pasar la artillería, estaba completamente dominado por una casa fortificada o cabeza de puente, repleta de infantería. La ruta principal, también del lado francés del río, contornea entre salientes precipicios, aunque no tan abruptos como los del paso de Irún, pero lo bastante audaces para poner en ellos tropas que pudieran ocuparlos con relativa seguridad y para hacer que un centenar de hombres resueltos resultara más que una partida nivelada para un millar que le atacara. A pesar de ello, estos eran los puntos más asequibles en toda la posición, siendo todos debajo del camino poco menos que barrancos perpendiculares erizados de pinos y fresnos (16).

Tal era la naturaleza del terreno que debíamos tomar. Al surgir el día pude ver claramente que la vieja ciudad de Fuenterrabía estaba llena de soldados británicos. La quinta división, que había sostenido el choque del último sitio y que desde la conclusión de su labor había sido permitida descansar algo hacia la retaguardia, fué adelantada en la tarde precedente y llegó a Fuenterrabía un poco antes de media noche, donde merodeó por las calles durante

(15 bis) El puente de Behobia. (N. del T.).

(16) La cuesta llamada de Tella-tueta o Behobia. (N. del T.)

varias horas. También inmediatamente detrás de nosotros, en las calles de Irún, reposaban unos ocho mil de los Guardias y de la Legión Alemana, mientras una brigada de caballería mostraba en aquel momento sus primeras filas por una revuelta de la ruta principal y un par de cañones de a nueve permanecía arrimada a ella. Era en suma una vista hermosa y animada, distinguiéndose de un golpe no menos de quince o veinte mil de las tropas británicas y portuguesas.

Más lejos, a nuestra derecha, en las cimas de San Marcial, se apostaron las divisiones españolas, sin que pudiera yo impedirme el trazo de algo como una envidiosa comparación entre ellas y sus gallardos aliados. Medio vestidos y mal alimentados, aunque suficientemente armados, su aspecto no prometía ciertamente más que sus actos, en su mayor parte corroborados. No es que los aldeanos españoles sean deficientes en valor personal (y sus soldados eran, generalmente hablando, nada más que aldeanos con fusiles en sus manos), sino que sus cuerpos estaban tan mal servidos de oficialidad y su comisariado tan mal provisto, que lo más sorprendente era cómo podían venir a luchar. Aún en este período de la guerra, cuando podía decirse que su país se había libertado completamente del invasor, la subsistencia del ejército español estribaba principalmente en mazorcas de maíz que los mismos hombres recogían en los campos y cocinaban asándolas en sus fogatas.

Se imaginará fácilmente que vigilábamos con intensa ansiedad el gradual bajar del río, volviendo nuestros anteojos de vez en cuando hacia las líneas francesas, a lo largo de las cuales todo permanecía en quietud inexplicable. Por fin se pudo distinguir un movimiento entre las tropas que, ocupaban a Fuenterrabía. Sus guerrillas empezaron a surgir del abrigo de las casas y a acercarse al río, cuando instantáneamente las tres piezas de a dieciocho abrieron fuego desde las alturas encima de nosotros. Esta era la señal para un avance general. Nuestra columna, del mismo modo, lanzó sus guerrilleros que, apresurándose hacia el vado, fueron saludados con nutrido fuego de fusil por los piquetes enemigos y por la guarnición de la cabeza de puente. Pero esta última fué rápidamente abandonada mientras nuestra gente se apresuraba a través de la corriente y nuestra artillería conservaba sobre ella una descarga incesante de bala y metralla.

Los piquetes franceses fueron empujados y nuestras tropas se establecieron en la orilla opuesta con casi ninguna pérdida por nuestra parte, aunque los que cruzaron por Fuenterrabía se vieron obligados a llevar sobre sus cabezas fusiles y cartucheras para conservarlos secos; el agua junto al puente alcanzaba sobre las rodillas. Sin embargo, la alarma había sido comunicada a las co-

lumnas enemigas de retaguardia, las cuales formaron rápidamente sobre las alturas y trataron, aunque en vano, de posesionarse de Hendaya. Esa aldea fué tomada en brillante forma por una brigada de la quinta división, mientras la primera, avanzando con cuidado por el camino, desalojó de su puesto a la guarnición de los montes que lo dominaban, y coronaron las alturas casi sin oposición. Un pánico general parecía haberse apoderado del enemigo. En vez de cargarnos cuando avanzábamos en columna, quemaron sus piezas y huyeron sin detenerse a volverlas a cargar, y no se intentó nada parecido a una resistencia determinada, hasta que sus obras cayeron en nuestras manos, así como gran parte de su artillería. Fué una de las más perfectas y hasta extraordinarias sorpresas que contemplé.

No faltaron, a pesar de ello, entre los oficiales franceses, muchos bravos que se detuvieron a reunir a sus camaradas aterrados para restablecer la batalla. Entre estos noté uno en particular. Iba a caballo y, cabalgando entre un batallón en fuga, empleaba todos los medios, tanto de amenaza como de persuasión, para detenerlo; y lo consiguió. El batallón se detuvo, siendo su ejemplo seguido por otros, y en cinco minutos una línea bien formada ocupó lo que parecía el último plano de una hilera de montes verdes al otro lado de un valle que íbamos descendiendo.

Este movimiento repentino por parte del enemigo se encontró con una formación correspondiente por parte nuestra; giramos sobre la línea y avanzamos. No se habló una sola palabra, ni se disparó un tiro hasta que nuestras tropas alcanzaron poco más o menos la mitad de la distancia a través del declive, cuando los franceses, alzando uno de sus gritos incongruentes—especie de griterío en que cada hombre vocea sin fijarse en el tono o en el tiempo en que lo hacen los que se hallan junto a él—lanzaron una descarga. Iba bien dirigida y produjo considerable efecto, pero no detuvo ni un momento nuestra aproximación. Nuestros hombres la contestaron con una sincera aclamación británica y, devolviéndoles la descarga, se lanzaron a la carga.

Entonces se vieron respondidos con gran ánimo por el enemigo. Noté el mismo individuo que detuvo al principio su fuga, cabalgar a lo largo del frente de sus hombres y animarlos en su deber. Y no sin bastante dificultad, después de haber cambiado de una parte y otra varias descargas de fusilería, conseguimos colocarnos a distancia de carga. Entonces se lanzó otra aclamación, y los franceses, sin esperar la arrancada, rompieron una vez más sus filas y huyeron. Su jefe seguía tan activo como antes. Jineteaba entre sus hombres, les increpaba, les exhortaba, y hasta golpeó con su espada a los que se hallaban cerca de él, y parecía como si

fuera a reunirles una vez más, cuando cayó. Al instante, sin embargo, se levantó y montó otro caballo, pero apenas lo había hecho cuando una bala le hirió en el cuello y cayó muerto. La caída de ese hombre decidió la jornada sobre las alturas de Hendaya. Las tropas francesas perdieron todo orden y disciplina y, dirigiéndose a retaguardia, cada cual por sí mismo y como mejor pudo, nos dejaron en posesión indiscutible del campo.

Entre tanto, en la derecha de nuestro ejército y extrema izquierda del enemigo, tenía lugar una lucha mucho más enconada. Ahí, Soult había aumentado la fuerza natural de la posición construyendo baterías y reductos sobre todo punto dominante, y de aquí que la división ligera no consiguiera tomarla sin sufrir pérdidas muy importantes. Todas las tentativas para tomar la ermita (17) fracasaron, aunque se renovaron con la más atrevida resolución hasta hora avanzada de la noche. Pero no pude ver nada de las operaciones del ejército en esos parajes, y por lo tanto no intentaré describirlas.

El día se hallaba muy avanzado cuando nuestras tropas, fatigadas tanto por la persecución como por la pelea, recibieron orden de detenerse y permanecer en brigadas y divisiones a lo largo de las alturas que el enemigo había abandonado. Todo se convirtió en perfectamente tranquilo entre nosotros en poco tiempo, pero el bramido de la fusilería y el tronar del cañón resonaban todavía a nuestra derecha. A medida que la obscuridad se afianzaba, las llamaradas se hacían a cada momento más visibles y producían efecto notablemente bello a causa de la gran desigualdad del terreno. Como aún se hicieran repetidos asaltos sobre la Peña de la Ermita, todo el lado de ese monte cónico parecía en fuego, mientras cada valle y eminencia en torno centelleaban de vez en cuando como montes y valles de un clima tropical en que las luciérnagas merodearan a millones. No se precisaban otras luces, ni más poderosas. Nuestras tropas, en la precipitación de la batalla habían prendido fuego a las chozas de los soldados franceses, que ahora se incendiaban lanzando un fuerte reflejo sobre toda la extensión del campo. En total era una magnífica escena y tentaba grandemente a conservar el grado de excitación que se había apoderado de nuestras imaginaciones durante el día.

Nuestra pérdida; quiero decir la pérdida del cuerpo al que me hallaba agregado, resultó ser insignificante. No había caído ningún compañero particular o relación íntima, por lo menos de las mías, y, por consiguiente, no se presentaba nada que destruyera el sentimiento de puro contento que el individuo más ínfimo de un

(17) La ermita del monte Larún (N. del T.).

ejército experimenta cuando ese ejército ha triunfado, ni recuerdo muchos momentos más, felices en mi vida que cuando me estiré aquella noche junto a un fuego cerca de mi amigo Grey para conversar sobre los acontecimientos de aquel día. Como llegara poco después el cuartel maestro o aposentador con provisiones y ron, añadió no poco a mi satisfacción, pues el repuesto con que me había aprovisionado por la mañana se había dispuesto hacia mucho por los que fueron menos previsores; y mi cena fué seguida de un sueño tal que pudieran envidiarlo los reyes, a pesar de que los cielos eran mi dosel y el verde césped mi cama.

CAPÍTULO VII

Al día siguiente, próximamente una hora después de salir el sol, llegaron las tiendas y el equipaje que se habían dejado en el lado español del río, y pudimos una vez más guarecernos contra la inclemencia del tiempo. Y fué conveniente que su llegada no se hubiera diferido porque tuvimos tiempo justo para plantar las primeras cuando se desencadenó una fuerte tempestad de viento y lluvia, durando con pequeñas intermitencias dos días enteros y haciendo nuestra situación desagradable. La posición que ocupábamos era muy expuesta; nuestro campamento se extendía a lo largo de un espinazo de monte desabrigado, completamente desprovisto de bosque, y la verdad era que el único combustible a nuestro alcance consistía en maleza cuya parte verde y espinosa cortábamos para dar como forraje a nuestros caballos, en tanto que los tallos y menores ramas proveían de material muy mediano para nuestros fuegos.

La columna izquierda del ejército no hacía mucho que se había establecido en Francia cuando una muchedumbre de cantineros y otros seguidores de campamento empezaron a derramarse por él. Estas personas, tomando posesión de las chozas enemigas que escaparon a la violencia de nuestros soldados, abrieron sus establecimientos en debida forma a lo largo de la carretera y pronto dieron al punto que ocuparon apariencia de aldea establecida durante época de feria, cuando las barracas y las caravanas de animales rústicos pueblan su pequeña calle. Este villorrio se convirtió pronto en recurso favorito de los ociosos y de los que aun conser-

vaban unos pocos duros en sus bolsas; y muchas fueron las botellas de nominal cerveza obscura que noche tras 'noche se consumieron a la salud del «Alegre soldado».

Difícilmente recuerdo período de mi vida activa más profuso en sucesos interesantes que el que medió entre el cruce de la orilla española y el avance del ejército hacia Bayona. Continuábamos en las alturas de Hendaya desde el 8 de Octubre hasta el 9 de Noviembre, la mayor parte de cuyo tiempo fué desacostumbradamente crudo; cayendo incesantemente fríos aguaceros y prevaleciendo tremendos soplos de viento. Y, en verdad, empezábamos a temer que no se haría nada más en esa estación y que o bien nos retiraríamos a las villas de Irún y Fuenterrabía o que pasaríamos el invierno bajo las tiendas. Nadie se imaginaba que nos tuvieran aquí sin motivo; al contrario, sabíamos que nada sino la prolongada caída de Pamplona impedía nuestro avance, y alegres fueron las noticias que al fin nos llegaron de que esa importante ciudad se había rendido.

Naturalmente, no me confiné en mi tienda o en los límites del campamento. Durante este tiempo cazé y pesqué como de costumbre, hice excursiones a la retaguardia y al frente, según las dirigía el humor, y adopté todo expediente ordinario para matar el tiempo. No faltaban siempre aventuras durante estas ocasiones, aunque eran en su mayor parte de aquéllas que excitan poco interés si se repiten, pero recuerdo una que merece relatarse, quizás más que las demás, y que voy a detallar.

Mientras el ejército británico ocupó su posición a lo largo de la orilla española del Bidasoa, tuvo lugar gran número de deserciones, tan importante como para disminuir su fuerza. Como esto constituía un acontecimiento que había ocurrido raramente antes, se arriesgaron muchas opiniones acerca de su motivo. Por mi parte, lo atribuí enteramente a influencia de terror supersticioso en las imaginaciones de los hombres, y por esta razón: Es generalmente costumbre al fijar centinelas en presencia inmediata del enemigo, estacionarlos por parejas, de modo que uno pueda rondar hasta el próximo puesto en tanto que el otro permanece quieto en su terreno; además, tal vez el deseo de dar mayor confianza a los mismos hombres, pueda tener algún peso al dictar esta medida, pero de todos modos no puede haber duda en el hecho. Era tal la naturaleza del terreno cubierto por nuestros piquetes en los Pirineos, que en muchos sitios había escasamente sitio para un par de centinelas que ocuparan un simple puesto, y tan sólo en las bocas de los varios puertos o pasos, para asegurar el reposo del ejército, eran preferibles dos que uno. Accidentado como era el país, sin embargo, casi cada pie de él había sido esce-

na de acción, y los muertos, cayendo entre peñas y barrancos, habían quedado en varios casos por necesidad sin ser sepultados; con todo, era precisamente en esos sitios en que los muertos yacían insepultos donde se fijaban centinelas individuales. Todo el mundo sabe que soldados y marinos son a menudo supersticiosos, y no puede ser agradable para los más fuertes de imaginación entre ellos permanecer dos o tres horas de noche tormentosa junto a un esqueleto mutilado y medio devorado. Y en verdad me he visto yo mismo más de una vez objetado por muchachos tan bravos como cualquiera que pudiera desearse en el cuerpo, acerca de hacer guardia junto a uno de sus camaradas caídos. «No me importa por hombres vivos», decía el soldado, «pero por amor de Dios, señor, no me tenga junto a *él*». Y siempre que pude acceder a esta objeción, lo hice invariablemente. Mi opinión, por lo tanto, era que muchos de nuestros centinelas se veían tan dominados por la superstición que no podían conservar su puesto. Sabían, no obstante, que si regresaban al piquete les esperaba un severo castigo, y de aquí que se fueran hacia el enemigo antes de sufrir la desgracia de una imaginación enferma.

Como prueba de que mis nociones eran correctas, se notó que en cuanto el ejército descendía de las montañas y tomaba una posición que requería una cadena de centinelas dobles que se renovara, decrecía en alto grado la desertión. Es verdad que ocurrieron aún algunos casos, como sucederá siempre donde hombres de todos los temperamentos son llevados juntos, como en un ejército, pero no constituían proporción de tenerse en cuenta con respecto a los casos que se produjeron en los Pirineos. Para detener esto enteramente, se dictó una orden prohibiendo a todo hombre pasar las avanzadas, y se declaró que cualquiera que fuera cogido en lo que se denomina terreno neutral—esto es, en terreno entre los puestos avanzados del enemigo y los nuestros—sería en consecuencia tratado como desertor (18).

.....

Dejé establecido ya que el 3 de Noviembre nos llegó la noticia de la caída de Pamplona. Desde ese día empezamos a calcular seriamente acerca de una rápida renovación de hostilidades y a meditar sobre nuestro probable progreso antes de que se ordenara un nuevo alto o de que las tropas se acuartelaran para el invierno. Pero había caído tanta lluvia durante la quincena anterior que los atajos se habían convertido en impracticables y, lo que era peor, no aparecía promesa de cambio de tiempo.

(18) Se detalla el fusilamiento de unos desertores (N. del T.).

Tuve el honor de estar personalmente relacionado con el distinguido oficial cuya inesperada muerte en 1923 causó tan gran sensación de pesar en toda Escocia: me refiero al Conde de Hope-toun, en este tiempo Sir John Hope. Sir John se había reunido últimamente al ejército, relevando a Sir Thomas Graham en el mando de la columna izquierda y cumpliendo el oficio de segundo en mando bajo Lord Wellington. Mientras nuestra división ocupaba las alturas de Hendaya, pasé varias agradables tardes en su compañía, los pormenores de una de las cuales me tomaré la libertad de relatar, pues tenían, por lo menos en aquel tiempo, un grado de interés más que ordinario.

El 7 de Noviembre comí con el general. Nos sentamos a la mesa a eso de las seis y empezábamos a sentir tanta satisfacción como un buen banquete y una agradable compañía puede producir, cuando un dragón de órdenes cabalgó por el patio de la casa. Fué admitido en seguida y, siendo introducido en el cuarto en que nos hallábamos sentados, alargó un paquete sellado a nuestro huésped. Sir Jhon lo abrió, recorrió con la vista su contenido, lo puso en su bolsillo y, haciendo una seña al emisario de que se retirara, renovó la conversación que había interrumpido: Aunque más que medio suspicaces de que el paquete contenía noticias de importancia, nosotros—quiere decir los convidados y subalternos del general—pronto volvimos a nuestra viva conversación, cuando se oyó el repiqueteo de las herraduras de otro caballo, y entró el general Delancy. Iba acompañado por un oficial del cuerpo de los guías y, pidiendo permiso para mantener unos pocos minutos de conversación privada con Sir Jhon Hope, los tres se retiraron juntos.

«Tendremos algo que hacer antes de veinticuatro horas—dijo uno de los ayudas de campo—; Delancy siempre trae consigo comunicaciones guerreras». «Tanto mejor», fué la contestación general. «Bebamos a la salud de nuestro huésped y del éxito de las operaciones de mañana». El brindis había terminado cuando Sir Jhon volvió trayendo consigo al oficial del cuerpo de los guías, habiéndose ya retirado Delancy, pero nada se reveló del contenido de la comunicación, y pasó la tarde como si no se hubiera recibido semejante comunicado. A eso de las nueve se deshizo nuestra reunión, y estábamos deseando a nuestros amigos buenas noches, cuando fué conducido un oficial francés que había desertado de su campamento. Fué recibido muy cortésmente, pero muy fríamente. Tenía poca información que comunicar, excepto que una leva de conscriptos se había unido últimamente al ejército, la mayoría de los cuales eran viejos o muchachos; tan completamente se prodigaba en aquel tiempo la juventud de Francia a través de una continuidad de guerras. Nosotros, que éramos convidados, no nos

quedamos para escucharle, sino que montando nuestros caballos regresamos cada cual a su tienda.

Al alcanzar el campamento de mi cuerpo, supe, como esperaba, que se había proclamado la orden para un ataque y que la brigada debía hallarse sobre las armas a las cuatro de la mañana siguiente. Una vez más, por lo tanto, pensé en lo peor y, habiendo instruído a mi amigo de cómo deseaba que mi pequeña propiedad fuera dispuesta, asignando mi espada a uno, mi pelliza a otro y mi fiel perro a otro, me hallé lo bastante entusiasmado para encomendar mi alma a la piedad del Creador, y entonces me acosté. Convini-mos, como siempre hacíamos en semejantes ocasiones, en actuar como ejecutores el uno del otro y, después de habernos estrechado las manos cordialmente, por miedo de que no volviera a presentarse oportunidad de volverlo a hacer, nos quedamos pronto dormidos.

Había dormido tal vez hora y media cuando fuí despertado por la voz del sargento de ordenanza, que vino a informarnos de que se había dado contraorden acerca del movimiento del ejército. So diré si la noticia fué recibida como aceptable, o al revés; la verdad es que me pregunto si sabíamos en aquel momento si nos hallá-bamos aliviados por la dilación o al contrario. Hay, sin embargo, una cosa cierta, y es que no dormimos menos profundamente al saberlo, pues al menos se nos aseguraba pasar el día siguiente en estado de vigor y vitalidad, aunque perfectameate conscientes de que el peligro de una batalla tenía que ser afrontado antes de mucho, y de aquí que era cuestión de muy poco tiempo el saber si tendría lugar ahora o dentro de pocos días.

Al pasar revista la siguiente mañana sobre el terreno de parada, supimos que nuestras intentadas operaciones se hallaban impedidas tan sólo por el muy mal estado de los caminos. Aunque la lluvia había cesado hacía algunos días, era tal la cantidad que había caído, que ninguna artillería podía todavía moverse en cualquier otra dirección que a lo largo de la carretera. La continuación de tiempo seco durante cuarenta y ocho horas podría, según cálculos, cambiar este obstáculo para nuestro avance y, por lo tanto, cada hombre sintió que podía contar con un par de días. Por fortuna, esos días continuaron claros y serenos, y lo justo de nuestros cálculos quedó evidenciado a su debido tiempo.

CAPÍTULO VIII

Pasaron el 8 y el 9 de Noviembre sin que ocurriera ningún acontecimiento digno de relato. El primero de esos días tuvimos la satisfacción de ver un bergantín cañonero destruido por nuestros cruceros ligeros, pequeña goleta de la rada de San Juan de Luz. Habíase hallado fondeada allí durante algún tiempo, según parece, y se aventuró aquel día a hacerse a la mar sin temor a caer en nuestras manos, pero, habiendo sido observada por un cañonero, fué perseguida inmediatamente y volada después de una acción que duró cerca de una hora. No tuve oportunidad de descubrir si su tripulación la había abandonado previamente a la explosión.

Entre tanto, prevalecía entre nosotros y por todas las diferentes divisiones contiguas, un silencio como el de la calma antes de una tempestad. Parecía que cada hombre sabía que un ataque fuera inminente, pero se aventuraron pocas conjeturas acerca del preciso momento en que debía producirse. Toda duda se disipó al fin en la tarde del día 9. Estábamos reunidos en formación, o mejor dicho, la revista había terminado, la banda continuaba tocando y los oficiales esperaban en grupos junto a la tienda del coronel, cuando un ayuda de campo llegó a caballo y nos informó de que el ejército debía avanzar al día siguiente. El cuerpo a que yo pertenecía fué señalado para tomar por asalto la aldea de Urruña— lugar que contenía tal vez un centenar de casas y una iglesia—, y teníamos que apostarnos con tal motivo en la carretera junto a los centinelas de avanzada una hora antes de romper el día. No sabíamos nada respecto a la disposición de los demás cuerpos y nos hallábamos muy satisfechos con la participación que nos fué asignada.

Tan pronto como el ayuda de campo se marchó, empezamos, como lo hace generalmente quien se halla en estas circunstancias, a discutir el acierto de las órdenes de nuestro general. En la ocasión presente estábamos más convencidos que de costumbre de la sagacidad y del profundo conocimiento del noble lord. Nuestro

cuerpo había sido seleccionado con preferencia a muchos otros para un servicio peligroso y por lo tanto honorable; esto demostraba que sabía por lo menos en quién podía confiar, y nosotros, naturalmente, estábamos resueltos a probar que su confianza no había sido mal puesta. ¡Ay, la vanidad de los hombres en todas las profesiones, en que cada cual se mira como infinitamente superior a los que le rodean!

Habiendo pasado de este modo una hora o dos, se dirigió cada uno a su tienda con objeto de hacer las necesarias preparaciones para el día siguiente. Nuestro equipaje fué empaquetado, nuestros caballos y mulas, que para mayor abrigo se cobijaron durante los últimos días en ciertas casas de la retaguardia, fueron conducidas, y se pusieron en una mochila suficientes provisiones para el consumo de un día. Con esto y nuestras capas enviamos un muchacho portugués, criado de Grey, a que siguiera al batallón sobre un pequeño caballo que conservábamos principalmente para estos casos; y, finalmente, nos acostamos después de renovar nuestras voluntades el uno al otro acerca de la conducta del sobreviviente en caso de que cualquiera de nosotros cayera.

Cuando me levanté estaba completamente obscuro. Nuestros fuegos se habían apagado, no había luna en los cielos y las estrellas estaban casi oscurecidas por las nubes, pero tomamos nuestros puestos instintivamente y en profundo silencio. Siempre me ha chocado en estas ocasiones la gran sangre fría de las mujeres. Rara vez se les escapa una expresión de alarma y, en verdad, se convierten, probablemente por costumbre y por el ejemplo de los demás, en tan indiferentes al peligro como sus maridos. Temo, también, que la clase de vida que llevan después que han seguido un ejército en campaña durante algún tiempo, las modifique sexualmente (si me es permitido inventar tal expresión en beneficio suyo); por lo menos, sólo recuerdo una ocasión en que se demostraron algunos síntomas de verdadera pesadumbre, aun por aquellas a quienes la fatalidad de una batalla había convertido en viudas. Como no se permitía que acompañaran a un batallón más de sesenta mujeres, es natural que se hallaran seguras de obtener tantos maridos como pudieran escoger, y por eso pocas viudas de soldados continúan en estado de viudez durante un tiempo que no sea razonable; constituyen ciertamente una clase de sociedad femenina altamente favorecida.

Formada la columna y dispuestos tiendas y bagaje de modo que en caso de rechazo pudieran ser transportados a la retaguardia sin confusión ni tardanza, se dió la voz de marcha. Como nuestro camino se extendía sobre terreno muy desnivelado, nos movimos por un momento despacio y con precaución, hasta que

habiendo alcanzado la carretera, pudimos apresurar nuestro paso durante una milla aproximadamente, cuando divisamos el fuego de vivac de un destacamento alemán, y se pasó en voz baja de fila en fila la orden de detenernos. Descansamos las armas y nos sentamos en los bordes verdes del lado del camino. Ahí debíamos quedarnos hasta que un cañón diera la señal de ataque a nuestra izquierda y se percibieran distintamente los objetos.

Los hombres se ven afectados de muy distinta manera en ocasiones diferentes, aun cuando las situaciones en que puedan verse mezclados atestigüen gran afinidad entre unos y otros. En la presente ocasión, por ejemplo, recuerdo perfectamente que apenas un sentimiento serio ocupaba mi imaginación, ni las de los que me rodeaban, si puedo juzgar por las apariencias. Al contrario, se cuchicheaba mucha conversación entre nosotros, pero era toda de carácter tan ligero como si el asunto en que íbamos a empeñarnos fuera mera diversión, y no esa clase de juego en que los hombres arriesgan sus vidas. Prevalecían la ansiedad y el desasosiego. Miramos al Este y vigilábamos con vehemente interés la aproximación de la aurora, pero con ese grado de interés que los deportistas sienten en la mañana del 12 de Agosto, o quizás como el de un niño en un palco de Covent Garden, cuando espera a cada momento ver alzada la cortina del escenario. Estábamos excesivamente ansiosos por empezar la refriega, pero nos sentíamos completamente confiados acerca del éxito.

En el entretiem po se dictaron las disposiciones que las circunstancias del caso parecían requerir. Tres compañías, consistentes en unos ciento cincuenta hombres, fueron destacadas bajo el mando de un oficial de campo un poco hacia la derecha e izquierda del camino con el propósito de sorprender, si se podía, a dos destacamentos enemigos que se hallaban apostados allí. Las otras siete, formando en columna en cuanto rompió el día, extendían su frente de modo a cubrir el camino estando preparadas para lanzarse instantáneamente sobre la aldea en lo que se llama doble tiempo de prisa. Sabíamos que se hallaba fuertemente atrincherada y llena de infantería francesa, pero calculábamos que, efectuando rápidamente nuestro primer ataque, llegaríamos a las trincheras antes de que el enemigo se percatara completamente del movimiento.

Permanecimos tal vez una media hora después de efectuarse estas disposiciones y antes de que se diera la señal, cuando el alba fué aclarando gradualmente toda la superficie del firmamento. Ahora pudimos observar que nos habíamos desviado en cierto grado de la ruta principal y que ocupábamos con nuestra pequeña columna un caminito bordeado a ambos lados por cercas, y en se-

guida empezamos a notar que la senda se volvía a unir con la carretera a unas cien yardas frente a nosotros; entonces comenzaron a mostrarse, a través de la obscuridad, la iglesia y las casas del pueblo, como peñas o baluartes; aquí y allá se podían distinguir campos de rastros inmediatos en torno de prados verdes; entonces se hicieron visibles las hileras de cercados que separan un campo del otro. Y entonces se disparó la señal del cañón. Fué contestada inmediatamente por un par de a nueve, que se hallaban estacionados en un campo junto al camino en que nos encontrábamos; y la batalla empezó.

Las tres compañías destacadas hicieron lo posible por sorprender a los destacamentos franceses, pero sin éxito, pues las tropas francesas vigilaban demasiado para ser sorprendidas con facilidad. Sin embargo, las atacaron brillantemente, mientras la pequeña columna, conforme al plan preconcebido, avanzaba apresuradamente. En el intervalo, las casas y atrincheramientos de Urruña estaban amontonados de defensores que al aproximarnos nos saludaron con una aguda descarga de fusilería, no obstante más inofensiva de lo que pudiera esperarse. Unos cuantos hombres y un oficial cayeron, el último con el corazón traspasado. Pronunció tan sólo un nombre—el de su camarada favorito—y expiró. Por nuestra parte, no teníamos tiempo para disparar, pero nos lanzamos a la carga, mientras los cañones de a nueve, ya citados, barrían el atrincheramiento. En dos minutos alcanzamos su base, y un instante después nos hallábamos en lo alto de ella, cuando el enemigo, afectado de pánico ante la celeridad de nuestros movimientos, abandonó sus defensas y huyó. Le seguimos a través de la calle del lugar hasta su extremidad, pero habiendo sido prevenidos de antemano de que no procediéramos más lejos, hicimos alto y ellos se escaparon a los campos.

La posición atacada se hallaba en frente de San Juan de Luz, de la cual ha dicho el mismo Lord Wellington que nunca vió nada más formidable. Se extendía a unas tres millas a lo largo del lomo de un elevado terreno, cuya ascensión estaba en su mayor parte cubierta de espeso bosque y entrecortada por profundas zanjas. Además de estas defensas naturales estaba fortificado con el mayor cuidado, habiendo el Mariscal Soult empezado a construir en él reductos y parapetos mucho antes de que nuestro ejército cruzara el Bidasoa, y habiendo dedicado todo el mes que estuvo sobre Hendaya a su realización y ampliación. Hacia nuestra izquierda, esto es, hacia la derecha del enemigo y en dirección a la aldea que acabábamos de tomar, las obras en cuestión presentaban apariencia tan imponente que nuestro gallardo jefe juzgó imprudente intentar ahí ninguna seria acción; y por eso, cuando estuvimos en

posesión de Urruña, no fuimos guiados a intentar nada más, sino a conservarla por todos los medios y a hacer de tiempo en tiempo una demostración de avance. Esto se llevó a cabo de modo a hacer desistir a Soult de que destacara ningún cuerpo para ayudar a su izquierda, porque era el objeto de Lord Wellington envolverla, lo que consiguió después de doce horas de dura pelea.

Tan pronto como hubimos aclarado el lugar de defensores, nos asentamos en él atrincherándonos para el caso de que se hiciera cualquier tentativa por volver a tomar la aldea. Con este propósito deshicimos la barricada erigida por los franceses, que consistía en cubas llenas de tierra, estiércol y escombros, y llevándolo todo al lado opuesto del pueblo trazamos pronto un parapeto para nuestra propia defensa. El enemigo, mientras tanto, empezó a reunir densa masa de infantería sobre el borde del monte de enfrente y, volviendo hacia nosotros una batería de tres piezas de cañón, barrió la calle con disparos redondos. Estos, zumbando a lo largo, causaron el desmoronamiento de muros y techos de las casas, pero ni ellos ni las bombas que de vez en cuando estallaban entre nosotros produjeron considerable efecto. Evitando lugares peligrosos nos arreglamos para guardarnos bien fuera del alcance, y por eso el principal daño producido por el cañoneo fué el que recayó en los propietarios de las casas.

Encontramos en la aldea buena provisión de pan moreno y varias barricas de aguardiente. Las últimas fueron al instante golpeadas en la cabeza, y el líquido se derramó por la calle, como medio mejor de evitar que nuestros hombres se embriagaran, pero el pan se repartió entre nosotros; y hasta el pan negro de los franceses era un regalo para nosotros, que no habíamos probado otra cosa sino galleta, y ésta no de la más fresca, durante los tres últimos meses. Sin embargo, no se nos permitió regalarnos durante mucho tiempo.

Eran ahora poco más o menos las once, y el enemigo no nos había atacado hasta entonces. Podíamos percibir, a juzgar por el relucir de las bayonetas a través del bosque de enfrente, que se reunían allí tropas, y como la campiña se adaptaba bien para guerrillear, hallándose bastante entrecortada por zanjas, cercos y vericuetos zanjosos, se consideró prudente enviar tres o cuatro compañías a vigilar sus movimientos. Entre estas compañías mandadas con este fin, se hallaba aquella a la que yo pertenecía. Tomamos dirección hacia la izquierda de la aldea y, habiendo sido notados por la artillería enemiga, fuimos inmediatamente saludados con una lluvia de balas y bombas. En este mismo momento llegó un carro de artillería o vagón de municiones, cayendo sobre él una bomba de un mortero francés. Explotó, y dos

desgraciados conductores artilleros, que iban sentados sobre él, fueron arrojados al aire. Les miré un instante después que cayeron. Uno estaba muerto y horriblemente mutilado; el otro estaba tan negro como el carbón, pero vivía, y gemía mucho. Levantó la cabeza a nuestro paso, y nos deseó éxito. No sé lo que fué de él después, pero parecía tener poca probabilidad de recobrase. Habiendo alcanzado una ruta zanjosa, algo más adelante del pueblo, nos encontramos en conexión con una línea de guerrillas trazada por el coronel Halket de su cuerpo de alemanes ligeros, y en cierto modo guarecida del cañoneo. Pero no duró mucho nuestro descanso. El enemigo, habiendo reunido gran fuerza de tiradores, avanzó entre grandes gritos y con toda muestra de decisión. Su objeto parecía ser el caer sobre nosotros en el camino zanjoso donde, a causa de la altura y espesor del terraplén, nos halláramos a merced suya. Por lo tanto, pasó la orden de avanzar y nos encaramamos sobre las dificultades lanzándonos al encuentro.

Seria difícil concebir espectáculo militar más animado que el que encontré la vista aquel día recorriendo hacia la derecha y la izquierda para trazar la línea británica. Para beneficio de mis más pacíficos lectores, puedo también mencionar que las tropas enviadas para guerrillar, avanzan o se retiran en filas, conservando cada fila o par de hombres unas diez yardas de distancia de las filas a ambos lados de ellos. En la presente ocasión, nuestra línea de guerrilleros se extendía aproximadamente a una milla en ambas direcciones, conservando todos una especie de orden irregular, tirando todos, independientemente uno de otro, según pudiera invitar la oportunidad de un buen blanco. Todo era aparentemente confusión en el lado de los franceses, pero los tiradores franceses no están de ningún modo en desorden aunque parezcan estarlo. Son admirables guerrilleros y ese día dieron a nuestra gente bastante trabajo antes de que se replegaran otra vez a las alturas. No consiguieron, sin embargo, como presumo fuera su designio, conducirnos tan lejos del pueblo que nos expusiéramos al fuego de sus baterías escondidas, pues después de seguirles tan sólo a través de algunos campos, regresamos a nuestra ruta zanjosa.

Era evidente, a juzgar por los numerosos cuerpos sólidos de tropas que defendieron el terreno a lo largo del frente enemigo, que el plan de Lord Wellington había obtenido éxito y que ninguna fuerza del ejército de Soult había sido enviada en ayuda de su izquierda. El continuo roncar de fusilería y cañón, que continuaba en aquella dirección, probaba al mismo tiempo que una pelea se desenvolvía allí más seriamente que cualquiera a que nos halláramos expuestos. No era un ruido continuo, sino intermi-

tente, como el que producíamos de tiempo en tiempo nosotros y nuestros adversarios, pero una descarga incesante, como si los hombres pudieran hacer fuego sin cargar. Al fin, Soult pareció haber descubierto que tenía poco que temer sobre su derecha. A eso de las tres, pudimos observar una gran columna de tal vez diez o doce mil hombres encaminarse hacia la izquierda y, al mismo tiempo, como para cubrir el movimiento, los guerrilleros enemigos avanzaron Buevamente. Los encontramos, como antes, y otra vez los rechazamos, pero en vez de retirarnos al zanjoso camino, nos echamos tras un cerco a mitad de distancia entre la aldea y la base de su posición. Hicieron algunas tentativas para desalojarnos de ahí, pero sin efecto, y allí permanecemos hasta que la aproximación de la oscuridad puso fin a la batalla.

El sol se había puesto hacia una hora cuando las tropas avanzadas fueron llamadas por todas partes, y mis compañeros y yo regresamos a la aldea. Advertimos que el enemigo mantenía todavía sobre ella un cañoneo intermitente, por lo cual las casas, que eran muy poco espesas, no ofrecían suficiente amparo a las tropas. Se acordó, por lo tanto, que este cuerpo se alojara aquella noche en la iglesia, a cuya puerta, con gran satisfacción nuestra, mi amigo y yo vimos que nuestro criado portugués nos estaba esperando. El caballito de carga fué pronto descargado y las provisiones y el grog (19) fueron servidos a los hombres, sucediéndose general alegría y contento al grave asunto del día.

El espectáculo que presentó—aquella noche—el interior de la iglesia de Urruña fué tal que el piadoso fundador de la construcción jamás lo calculó. A lo largo de las dos alas se apilaron las armas del batallón, ocupando los hombres la nave central. Se puso en el púlpito el gran bombo y otros instrumentos de música, mientras un grupo de oficiales tomó posesión de una galería erigida al extremo más bajo del edificio. Por nuestra parte, Grey y yo alegamos derecho al espacio en torno del altar, que en una iglesia inglesa está generalmente cercado con balaustradas, pero que en las iglesias extranjeras se distingue del resto del santuario tan sólo por su elevación. Allí desplegamos nuestra fría carne salada, pan moreno, queso y vino, y bebimos y comimos en ese estado de excitación que aguarda a todo hombre que ha cruzado en salvo los peligros de un día como aquél.

Y no disminuía el espectáculo de naturaleza silvestre en torno nuestro la luz reluciente, y vacilante que treinta o cuarenta pequeños cirios resinosos esparcían. Dos o tres de éstos se erguían junto a nosotros sobre el altar, en tanto que los demás se hallaban des-

(19) Mezcla de aguardiente y agua. (N. del T.).

parramados de uno en uno o por parejas en distintos sitios, dejando cada intervalo en una especie de sombra que ofrecía licencia más amplia a la imaginación que a los sentidos. El cuchicheo de la conversación, además de la risa y broma frecuentes, y de vez en cuando el canto, a medida que el grog empezó a circular, todo se combinaba para producir una escena demasiado chocante para ser pronto olvidada.

A medida que el tiempo pasaba, todos esos sonidos se debilitaron gradualmente. Los soldados, cansados por el trabajo de la jornada, cayeron dormidos uno tras otro, y yo, habiéndoles observado por un momento, me extendí como los demás sobre el pavimento de la iglesia, arrollado el capote al cuerpo y preparándome a seguir su ejemplo. Me eché al pie del altar y, aunque el mármol no era más blando de lo que el mármol es generalmente, me dormí tan profundamente sobre él como si hubiera sido una cama de plumas.
